

ENTREVISTA A JORGE LAFFORGUE



La cultura, y la literatura en particular, han ocupado un rol privilegiado como canales de diálogo entre Europa y América Latina desde los tiempos de la conquista. Jorge Lafforgue, experto en literatura latinoamericana con una extensa trayectoria en la actividad editorial, nos ayuda a identificar las distintas fases que siguió este diálogo, sus principales actores y dinámicas.

Puente @ Europa (P@E): Esta entrevista parte de una premisa que puede encontrarse en un artículo de Tomás Eloy Martínez, publicado en *La Nación* a propósito de la muerte del editor español Jesús de Polanco: “[...] esa red de vasos comunicantes [refiriéndose al relanzamiento por parte de Polanco de grandes escritores en ediciones ‘que se dejan llevar de un lado a otro’] era más eficaz para entendernos -y mucho más democrática- que todas las enseñanzas de los economistas, de los sociólogos y de los políticos”¹. ¿Comparte Ud. esta creencia?

No. Por cierto que no. Es probable que el autor de *Santa Evita* haya cargado las tintas retóricas para exaltar los méritos de ese gran editor español, que puso en amplia circulación la obra de muchos de nuestros escritores, y a la vez es muy probable que esos textos hayan permitido que los hispanoparlantes nos conociésemos mejor. Sin duda hemos podido saber mucho sobre Colombia a través de García Márquez o sobre Chile por Donoso, para poner dos ejemplos. Pero esas enseñanzas de la ficción no invalidan ni son mejores ni más eficaces que las investigaciones de los científicos sociales o que la actividad de los políticos. Simplemente son otra cosa. Y tan válidas e importantes son aquéllas como estas otras. La retórica suele tener derivaciones que la realidad no siempre avala.

¿Acaso tiene algún sentido plantearse qué hecho fue más relevante: la acción de Alejandro Magno o las lecciones de su preceptor Aristóteles? ¿Apostamos a favor del vasto imperio macedónico o del Organon? La alternativa es del todo improcedente, inapropiada. No seré excepción si reconozco que las novelas de Dostoievsky me resultan más memorables que las reformas implementadas por Alejandro II en la misma época; pero son frutos de índole muy diversa, maduraron en distintos terrenos, sus órbitas apenas se rozan. ¿Montt o Bello? ¿Marx o Balzac? ¿Max Weber o Marcel Proust? Interrogantes que parecen remedos de juegos infantiles. Antes que elecciones posibles, tonterías.

Los escritores suelen ser propensos a la autoglorificación. En varios de sus trabajos tempranos, Vargas Llosa solía reiterar un símil entre el mundo creado por Dios y la creación de mundos paralelos por parte de los autores de “novelas totales”. Y por cierto que el suyo no es un caso único. De donde no resulta difícil inferir la enorme nobleza e indudables méritos de quienes dedican su vida a difundir los textos de esos mons-



truos sagrados. Por ejemplo, el gran editor Jesús de Polanco, que supo publicar, entre otros, a Tomás Eloy Martínez. Pero no; no por eso hay que ubicarlo por encima de todos nuestros sociólogos, economistas y políticos.

P@E: Se pueden identificar en el ámbito de la literatura latinoamericana fases de acercamiento o alejamiento respecto de Europa. Es decir, fases conflictivas, en las cuales se rechaza la idea misma de Europa como fuente de inspiración, y fases en las cuales, por el contrario, se reconoce una cierta complicidad. ¿A qué factores de orden político, social o económico se asociarían estos movimientos?

Desde la llegada de Colón hasta el presente pueden señalarse en la literatura latinoamericana varias fases de ida y vuelta. Ante todo, aclaro que en ningún momento se da un proceso lineal respecto de nuestra inserción en la tradición europea. En todo momento coexisten líneas encontradas; hay abnegados discípulos de las enseñanzas metropolitanas y están quienes las rechazan con furia y saña. Pero si en la matriz colonial predominan los primeros, a partir del momento en que se proclama la independencia de nuestros territorios los segundos cobran presencia y la relación comienza a invertirse. Ya en los inicios del siglo XIX, los pensadores más lúcidos advierten que no es posible la independencia política si a la vez no se logra la independencia cultural. Un ejemplo clave en tal sentido es el venezolano Andrés Bello, quien tiene muy clara la cuestión y, combativamente, proclama que la savia y el futuro están en América frente a la vetusta y exangüe Europa. Lo hace sobre todo a través de sus silvas y en las dos revistas que publica entre 1823 y 1827; si bien lo hace desde Londres y apelando a procedimientos compositivos de rancia tradición española. No por azar cuando deja de lado la retórica, durante su larga residencia chilena, realiza su obra más positiva, más productiva.

Otro ejemplo clave es el cubano José Martí quien murió en 1896 luchando por la

libertad de su patria, denunciando el expansionismo norteamericano y postulando frente al mismo la unidad de “Nuestra América”, que así se llama uno de sus escritos más célebres y contundentes (entre las muchas verdades que allí consigna Martí, las hay un tanto extremas, como afirmar que sería preferible aprender quechua en lugar de griego).

Un ejemplo más cercano es Alejo Carpentier, que tras una larga estancia en Francia, donde se vincula estrechamente con los surrealistas, regresa al Caribe y se deslumbra con el paisaje y el vudú de Haití, incentivos manifiestos que lo llevan a formular su poética de “lo real maravilloso”, para lo cual vuelve a machacar sobre la decrepitud europea frente al venero vivificante de América Latina².

Son tres ejemplos que nacen de circunstancias muy diversas y cuyas metas también divergen, aunque confluyan en la búsqueda de una identidad propia. Tres ejemplos que no sería difícil multiplicar, pues hacen hincapié en una problemática central de nuestro desarrollo cultural, esa conflictividad de múltiples rostros.

P@E: Como consecuencia de la Guerra Civil Española, editores de aquel país se exiliaron en América Latina, contribuyendo al desarrollo de una especie de diálogo literario entre Europa y América Latina. En particular queremos hacer referencia al fomento de un mercado editorial que en esos momentos era muy pequeño en la región, y que dio lugar a la publicación, por un lado, de autores europeos en América Latina y, por el otro, de autores latinoamericanos que tenían entonces muchas dificultades para publicar sus trabajos. ¿Fue este doble movimiento el resultado de una estrategia editorial que tenía un sentido comercial o que respondía más bien a factores de otra índole vinculados al clima político de la época?

Repito: no se trata de un proceso lineal. La linealidad en historia no existe: hay retrocesos, altos en el camino, avances forzados.

Un simple aniversario puede convocar a un fuerte debate, como ocurrió cuando se celebraron los 500 años del “descubrimiento” de América, recordatorio que generó una profunda revisión del significado de ese hecho.

Por lo tanto, la Guerra Civil Española, entramada con la Segunda Guerra Mundial, fue sin duda un acontecimiento que sacudió las relaciones entre España y sus antiguas colonias con la intensidad de un sismo; en varios aspectos las invirtió. En el plano cultural, el franquismo arrasó conquistas que permitían vislumbrar un nuevo siglo de oro; el franquismo fue una peste. Y entonces, la España peregrina se instaló en suelo americano, principalmente en la Argentina y México. Fue así como una numerosa intelectualidad española exiliada produjo entre nosotros cambios de enorme magnitud.

Tomo el aspecto al que ustedes aludieron y ejemplifico con lo que sucedió al respecto en Buenos Aires. Profesionales españoles fundaron en esta ciudad en el bienio 1938-39 tres editoriales emblemáticas: Losada, Sudamericana y Emecé. Ellas -junto con otras que surgen por esos años, como Santiago Rueda, Americalee, Paidós y Lohlé- harán que la Argentina durante toda la década de los cuarenta sea el país número uno en la producción de libros en lengua española.

Basta revisar los catálogos que en esos años forjaron las editoriales nombradas: traducen lo principal de la literatura europea y norteamericana, publican a los escritores españoles censurados en su patria y, además, los autores nacionales encuentran en ellas canales mucho más amplios y de proyección internacional. Calificar de formidables a esos catálogos no es una exageración: desplegarlos permitiría apreciar un muestrario muy amplio y exigente a la vez de lo mejor que la literatura expone al mundo en esos tiempos. No en vano José Luis de Diego se refiere al período 1938-1955 como la “época de oro” de la industria editorial en el país³.

Pero no se trata simplemente de la depresión española y el talento de algunos ciudadanos exiliados de esa nacionalidad para reparar las carencias de la patria lejana. En

[...] voy cerrando con un rodeo que intenta parodiar a Hegel: si durante los tres siglos posteriores a su desembarco en este continente los españoles afirmaron la realidad colonial en cuanto certidumbre sensible de la espada y de la cruz, durante todo el siglo XIX los criollos harán de la negación de los lazos hispánicos su bandera y celebrarán el momento de la superación. Tesis y antítesis entonces; luego, el siglo XX ha de encarnar el momento de la síntesis. Esta síntesis [...] comprendería múltiples factores [...]: intelectuales españoles que se exilian en América hacia 1940; *boom* de la literatura latinoamericana entre 1960 y 1975, impulsado tanto de un lado como de otro del Atlántico; instalación en territorios latinoamericanos de sucursales de las grandes empresas editoriales españolas, proceso en curso.

la Argentina, el peronismo sustentó un gran crecimiento industrial. Y si bien las editoriales e imprentas no encabezaban el *ranking* de los rubros particularmente agraciados, las exportaciones de libros argentinos por aquellos años superaron largamente el consumo local. Esa balanza favorable se mantuvo hasta 1960, cuando comenzó la recuperación española y se produjeron cambios significativos en América Latina.

P@E: A partir de los años sesenta, y por algo más de una década, se produjo un fenómeno, conocido como el *boom* latinoamericano, que dio lugar a la publicación y difusión en el mundo de autores latinoamericanos como Cortázar, Vargas Llosa, García Márquez y Fuentes. En términos editoriales, el *boom* parece haberse apoyado fuertemente en países como España, Cuba y Argentina. ¿Cuáles son, en su opinión, los factores que permitieron que autores que antes eran conocidos de manera independiente pasaran a formar parte de un movimiento que ahora los agrupaba según su origen geográfico? ¿Podría vincularse de algún modo este fenómeno literario y editorial a los movimientos políticos que estaban teniendo lugar en la región latinoamericana durante aquellos años?

Ante todo, recordemos algunos elementos contextuales de esa movida literaria que fue el *boom* de la narrativa latinoamericana. El político: los años sesenta estuvieron signados, tanto por el triunfo de la Revolución Cubana -abría la esperanza de un socialismo en libertad y con raíces propias- como por los regímenes reformistas que prometían cambios estructurales en democracia, un arco que abarcaba desde el gobierno consolidado en Costa Rica por el eterno José "Pepe" Figueres hasta el desarrollismo de Arturo Frondizi en la Argentina o de Juscelino Kubitschek en el Brasil. Si bien éstos fueron los comienzos de la década, ella ha-



bría de cerrarse con los generales Onganía y Garrastazu Medici en las presidencias de sus respectivas naciones, aunque también con Salvador Allende asumiendo esa magistratura en Chile. En definitiva, una década movida y contradictoria, rica en proyectos; una década que permitía albergar esperanzas diversas. ¿Por qué no en las letras?

Otro elemento, ya más específico del proceso cultural, lo constituyó la recuperación del campo editorial español en las postrimerías del franquismo, junto con el florecimiento de nuevos emprendimientos editoriales en varios países latinoamericanos, a la vez que se mantenían las tradicionales producciones de México y Argentina. Al

respecto agreguemos que fue clave el papel que jugaron en esos años empresas como Seix Barral desde Barcelona, Sudamericana desde Buenos Aires y Casa de las Américas desde La Habana; sin olvidar a otras de menor envergadura, pero de fuerte impulso renovador, como Jorge Álvarez de Argentina o Joaquín Mortiz de México. Estos hechos ayudaron sin duda a una ampliación del público lector en lengua española. Y ese proceso se correspondería con una visión que en buena medida habría de trasponer las fronteras nacionales en aras de una mirada englobante de todos los países de América Latina: un anticipo de la soñada y esquiva Patria Grande.

A la vez, aunque factor exógeno pero que nos habla de un reconocimiento que trasciende las fronteras del idioma, cabe apuntar la consolidación por esos años de los estudios referidos al conjunto de la literatura de nuestros países en universidades e instituciones culturales, tanto de los Estados Unidos como de Europa.

Al circuito tradicional del libro, aunque ampliado y modificado en términos de una mayor y mejor circulación, se agregará otro elemento en el mismo orden de cosas pero a un nivel muy llamativo e inédito. El libro pasará entonces del circuito más o menos restringido -el propio, específico o elitista, según puntos de vista- al ámbito general del mercado. Y, consecuentemente, será el sacrosanto mercado quien dicte las leyes y establezca los vínculos con el público lector. Ante esta evidencia lo que resulta difícil de roer no es tanto el pasaje de canales reservados y particulares a otros masivos e indiscriminados, sino más bien sus derivaciones: el neto predominio del valor comercial sobre el simbólico. Manifestaciones ligadas a este fenómeno serían entonces la incidencia de las multiplicadas estrategias publicitarias, el controvertido papel de los agentes literarios y el sostenido apoyo de un periodismo cultural tremolante, junto con la "conversión" de muchos escritores en figuras mediáticas:



programas televisivos, entrevistas diversas, presentaciones, lanzamientos, firma de ejemplares, paseos por predios feriales, etc. La esfera de lo público invade sin límites ni misericordia alguna los ámbitos privados. La persona del escritor opaca su escritura.

¿Se trata de un cambio radical, de una absoluta novedad, o más bien de una profunda acentuación de pautas ya existentes? ¿Nuevos modelos que se imponen o viejas estrategias adecuadas a una nueva situación? Más allá de la duda, lo que sí podemos comprobar es que no se trató de un fenómeno circunstancial, pasajero; pues con la expansión de las transnacionales y otras concomitancias globalizantes, los factores mencionados han crecido en forma desmesurada y proliferante. Frente a tales hechos se entiende la contundencia de afirmaciones como la de José Miguel Oviedo: el *boom* configura para el crítico peruano “un punto decisivo en el que cambia, para siempre, la producción, consumo y circulación de nuestra literatura”. Claro que Oviedo no dejará de señalar que esa esmerada pirotecnia tuvo que ver con la buena pólvora que nos brindó una serie de escritores sobresalientes, que él mismo ha de analizar minuciosamente⁴.

Pero ¿cuáles son esos escritores sobresalientes? Ustedes los han mencionado en la pregunta; y a su respecto yo he trazado un esquema que intenta ubicarlos dentro de un marco histórico. Mi esquema, reiterado más de una vez, marca tres inflexiones fundamentales en la literatura latinoamericana al entrar en su etapa moderna o madura. La primera inflexión es fruto de la irrupción del movimiento modernista en la bisagra de los siglos XIX y XX; la segunda es producto del giro que le imprimieron las vanguardias en los años veinte; y la tercera sería justamente el estampido de la nueva novela o narrativa latinoamericana. Detengámonos pues en este punto: hacia mediados del siglo pasado, la narrativa de nuestro continente -por obra de Borges, Rulfo, Carpentier, Onetti y otros- muestra una grandeza inédita: pero será en los años sesenta cuando con estos y otros autores la misma se expande en forma vertiginosa. Fue el *boom*, que podemos traducir como fogonazo, como estallido, como explosión; pero también como auge o repentina prosperidad. Lo explosivo del *boom* fue sobre todo producto de una bien orquestada campaña de *marketing* que se montó en torno a un selecto grupo de escritores, ungido por los voceros de ese eficaz operativo, en los representantes mayores, rutilantes, estelares, de la nueva constelación de la narrativa latinoamericana. La figura consular habría de ser el argentino Julio Cortázar y los tres lugartenientes el mexicano Carlos Fuentes, el colombiano Gabriel García Márquez y el peruano Mario Vargas Llosa.

Pero si esos cuatro grandes publicaron obras de enorme valor durante esos años, baste recordar *Rayuela* (1963) o *La Casa Verde* (1966) o *Cien años de soledad* (1967), la renovación y el consecuente auge implicó a muchos otros escritores del continente. Mencionemos a unos pocos de la muy extensa nómina: los mexicanos José Emilio Pacheco, Vicente Leñero y Fernando del Paso, los chilenos

José Donoso y Antonio Skármeta, los cubanos Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy y Miguel Barnet, el venezolano Salvador Garmendia, el guatemalteco Augusto Monterroso, los argentinos David Viñas, Rodolfo Walsh y Manuel Puig⁵.

Diversas causas contribuyeron a que al entrar en los años setenta el *boom* aminorase su impulso; pero el factor negativo más fuerte lo constituyeron sin duda los regímenes dictatoriales que durante esa década toman el poder en varios países de América Latina, en particular, en el Cono Sur. Sus efectos de censura, muerte y exilio tardarán en cicatrizar; y su recuerdo no ha de borrarse.

P@E: A partir de los años noventa, tiene lugar a nivel mundial una tendencia que conduce a la creación de grupos editoriales de carácter multinacional que repercuten sensiblemente en la estructura del mercado. ¿Ha afectado este fenómeno editorial la relación de acercamiento y alejamiento a que hacíamos referencia en la primera pregunta?

La respuesta no es sencilla. Lo más fácil y directo es contestar con un contundente sí. La concentración, las fusiones, la presencia de empresas transnacionales, el respaldo mediático y/o inversión publicitaria -hechos sin duda concomitantes- han sido en los años noventa y siguen siendo un fenómeno impresionante, en buena medida inédito; si bien no surgió de la nada y, como antes lo apunté, venía gestándose al menos desde los sesenta.

A modo de simple ejemplo repasemos el panorama en la Argentina: dos grupos editoriales españoles líderes, Planeta (con sus anexos Seix Barral, Emecé, etc.) y Santillana (con sus anexos Alfaguara, Aguilar, etc.), aunque instalados en el país a fines de los sesenta, han pasado en los últimos tiempos a dominar claramente el mercado; pero también se dejan oír con mucha fuerza Sudamericana (adquirida por Random House), Ediciones B (del grupo español Z), Norma (de origen colombiano, que en su momento se alzó con Kapelusz), Aique (que engloba a Larousse y Alianza y que responde al grupo español Anaya, que a su vez se halla en la órbita del grupo francés Lagarde, cuyo barco insignia es Hachette), Mac Millan (que ha comprado Puerto de Palos y Estrada) y para no proseguir con el largo listado, que incluiría a empresas jurídicas y médicas, cerrémoslo con la adquisición, anunciada en este duro invierno, de la tradicional editorial Atlántida por el grupo mexicano Televisa, “la compañía editorial más importante del mundo de habla hispana”, según el correspondiente comunicado de la empresa mexicana. En *Economía de las industrias culturales en la globalización digital* su autor, Claudio Rama, señala que en el país, sobre la existencia de más de mil quinientas editoriales, sólo diez se alzan con casi la mitad de las ventas totales⁶. A mi juicio, en este 2007, los datos de Rama han sufrido un cambio: no casi, sino más. En la era de la información, inmersos en



la sociedad red -parfraseando a Manuel Castells- el hecho no resulta asombroso; es casi lógico, o del todo lógico.

Al respecto habría que hacer algunas aclaraciones: a) el fenómeno económico-financiero de las corporaciones transnacionales excede largamente el marco de las editoriales y lo encontramos diseminado en todos los terrenos, es un fenómeno global, en verdad y sin ironía; b) las megaempresas editoriales suelen tener su núcleo fuerte en ámbitos linderos con el de los libros -publicaciones periódicas, radio, televisión-, pensemos en Santillana (del Grupo Prisa) o en Televisa; c) un tercer dato, no menor, aunque de otra índole, es el empuje y el fervor que por lo general anima a las pequeñas y medianas empresas del libro que, al no tener muchas de las ataduras y trabas de las grandes, suelen dar a conocer autores nuevos o atípicos, probar líneas de vidrioso rédito comercial o realizar rescates al borde del naufragio, hasta límites que a veces rozan la ingenuidad⁷.

Pienso que hay más elementos que configuran esta cuestión, elementos que van más allá de la pregunta de ustedes. Pero voy cerrando con un rodeo que intenta parodiar a Hegel: si durante los tres siglos posteriores a su desembarco en este continente los españoles afirmaron la realidad colonial en cuanto certidumbre sensible de la espada y de la cruz, durante todo el siglo XIX los criollos harán de la negación de los lazos hispánicos su bandera y celebrarán el momento de la superación. Tesis y antítesis entonces; luego, el siglo XX ha de encarnar el momento de la síntesis. Esta síntesis respondería al esquema que antes tracé, el cual comprendería múltiples factores, varios de ellos puntualizados a lo largo de esta conversación: intelectuales españoles que se exilian en América hacia 1940; *boom* de la literatura latinoamericana entre 1960 y 1975, impulsado tanto de un lado como de otro del Atlántico; instalación en territorios latinoamericanos de sucursales de las grandes empresas editoriales españolas, proceso en curso.

Pero insisto, este tercer momento arranca con el Modernismo, y si tuviese que indicar el mojón primero elegiría, y no sólo por el aura simbólica de su título, los *Cantos de vida y esperanza*, que Rubén Darío publica en España en 1905. Desde entonces, y a lo largo de todo el siglo XX y lo que va del presente, la literatura latinoamericana se reconoce de manera cada vez más segura, más firme, con una entidad propia en el contexto de la literatura occidental. Esa entidad ha ido reivindicando las raíces que la ligan a las culturas originarias, sin negar por eso una fuerte herencia hispánica y un intercambio continuo pero no dependiente con las otras literaturas europeas -la de Francia e Italia sobre todo-, y no desatendiendo las de otras regiones del mundo.

En su producción literaria América Latina ha establecido un diálogo abierto y sin cortapisas con las naciones de Europa. Lo cual no quiere decir que se borren las particularidades nacionales ni las individualidades personales, tanto de un lado como del otro.

Y a propósito de esta cuestión: he seguido los avatares del encuentro “Bogotá 39”, que reunió a ese número de escritores menores de 39 años, de 17 países en la capital colombiana durante 4 días a fines de este agosto. El argentino Andrés Neuman, residente en España, dijo en una intervención: “Flaubert, Rilke o Kafka, no pertenecen menos a mi educación sentimental y literaria que Borges o Cortázar. Ni siquiera me asumo como escritor de lengua española o latinoamericana”. Y la cubana Ena Lucía Portela, residente en París, remató: “no conozco ninguna esencia latinoamericana”. Para el periodista Ezequiel Martínez, que cubrió el evento para el diario *Clarín*, la sensación final que recogió es que esos jóvenes escritores se hallan cada vez más lejos de una “etiqueta de ‘escritor latinoamericano’ como denominador común, para acercarse cada vez más a una literatura sin fronteras”⁸. Y he traído esto a colación porque con un movimiento editorial de fuertes contrastes y las opiniones nada complacientes de los nuevos escritores, me pregunto ¿no estaremos en las puertas de un nuevo momento en la literatura de nuestro continente?

Notas

¹ Tomás Eloy Martínez, “Retrato de un editor serio”, en *La Nación*, 28 de julio de 2007.

² Léase Alejo Carpentier, *El reino de este mundo*, Madrid, Alianza Editorial, 2003 (ed. orig. 1949).

³ Cfr. José Luis de Diego, *Editores y políticas editoriales en Argentina, 1880-2000*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

⁴ Remito en particular a José Miguel Oviedo, *Historia de la literatura hispanoamericana*, Alianza Editorial, Madrid, 4 volúmenes publicados entre 1995 y 2001.

⁵ Para estas y otras consideraciones complementarias sobre el *boom* remito a Jorge Lafforgue, *Cartografía personal*, Buenos Aires, Taurus, 2005.

⁶ Claudio Rama, *Economía de las industrias culturales en la globalización digital*, Buenos Aires, Eudeba, 2003.

⁷ Al respecto remito a un par de artículos aparecidos en la revista *Gatopardo*, n. 81, julio de 2007, Bogotá, Grupo de Publicaciones Latinoamericanas; los artículos son: “Los editores salvajes”, por Carmen Boullosa, pp. 58-69, y “Un oficio de alto riesgo”, por Jeannine Diego Medina, pp. 70-84. En particular, este último realiza el relevamiento de once “propuestas innovadoras que pueden pelear contra los gigantes del mercado”, desde algunas de muy reciente data hasta otras de los años noventa, destacándose entre estas últimas la chilena Lom Ediciones, de Paulo Slachevsky y Silvia Aguilera, que ya acumula 920 títulos y no para.

⁸ Cfr., “Cerró en Colombia el encuentro de jóvenes escritores”, en *Clarín*, 26 de agosto, p. 55.